

La prohibición de la Idolatría (Ex 20)¹

Agustín Giménez González

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN Después de haber liberado a Israel de la esclavitud de Egipto, Dios propone una alianza al pueblo. Dicha alianza exige el monoteísmo y, por tanto, la exclusión de toda idolatría entre los israelitas. Se prohíbe expresamente la fabricación de cualquier imagen de la divinidad. Siendo éste un mandato tan claro de Dios, ¿deberíamos purificar nuestras prácticas religiosas y nuestros templos eliminando sus imágenes? ¿no sería esto más propio de una espiritualidad bíblica? La exégesis canónica del texto dará la respuesta.

PALABRAS CLAVE Idolatría, imagen de Dios, Ex 20.

SUMMARY *After freeing Israel from slavery in Egypt, God proposes an Alliance with His People. This Alliance demands strict monotheism and so requires the exclusion of any kind of idolatry among the Israelites. The making of any image of the divinity is expressly forbidden as a clear command of God. Should we purify our religious practices and our churches by eliminating images? Wouldn't this be more akin to biblical spirituality? The answer will be found in a canonical exegesis of the text.*

KEYWORDS *Idolatry, Image of God, Exodus 20.*

I. INTRODUCCIÓN: IDOLATRÍA Y KERYGMA CRISTIANO

Cristo fue judío. Los primeros discípulos fueron judíos. Y los primeros destinatarios del anuncio de la resurrección de Cristo y del *kerygma* fueron también judíos, o “temerosos de Dios”, es decir, personas de una raza no judía pero creyentes en el Dios de Israel. Todos ellos, discípulos y primeros desti-

1 Agradezco sinceramente a la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat (Roma) su apoyo en servicio de becas de estudio e instalaciones, gracias a las cuales se me permite el estudio e investigación y, entre otros trabajos, la realización de este artículo.

natarios, tenían asumido que sólo hay un Dios, a saber, el que ha actuado en la historia salvífica de Abraham y sus descendientes. Sobre este punto no era necesario insistir en la predicación, pues se daba por descontado. El mono-teísmo estaba firmemente arraigado en el judaísmo del siglo I. Por eso el *kerygma* se centraba en el anuncio de la acción salvífica acontecida en el misterio pascual de Cristo y el envío del Espíritu Santo.

Así lo vemos en el discurso de Pentecostés, primer anuncio público del Evangelio (Hch 2,14-36): “A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado [...]. Por tanto, con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías” (vv. 32-33.36)². El mismo contenido se da en los demás anuncios de la primera evangelización dirigidos a ámbitos de influencia judía: el discurso de Pedro tras la curación del tullido del Templo (Hch 3,12-26); la respuesta al Sanedrín de Pedro tras dicho milagro (Hch 4,8-12); la comparecencia de los Doce ante el Sanedrín tras la sobrenatural liberación de la cárcel (Hch 5,29-32); el discurso de Esteban dirigido al mismo auditorio (Hch 7,2-53.56.59); la catequesis de Felipe al etíope eunuco (Hch 8,35); la predicación de Pablo en Jerusalén (Hch 9,28-29; 22,1-21) y en las sinagogas de Damasco (Hch 9,20-22), de Antioquía de Pisidia (Hch 13,16-41), de Iconio (Hch 14,1), de Filipos (Hch 16,13-14)³, de Tesalónica (Hch 17,1-4) y de Berea (Hch 17,10-12); las palabras de Pedro al centurión Cornelio y los de su casa (Hch 10,36-43)... En todos estos casos el anuncio de la salvación se centra en la persona de Cristo, pues los destinatarios ya saben que hay un único Dios, y que ha prometido un Mesías Salvador. El *kerygma* se resume ante este auditorio en identificar dicho Mesías con Jesús de Nazaret, probándolo a través de las Escrituras y de los últimos acontecimientos de los cuales han sido testigos.

Sin embargo, cuando la buena nueva se anuncia a los paganos que no conocen al Dios único, surge la necesidad de predicar previamente el mono-teísmo. Sólo cuando se han renunciado a los ídolos y se ha reconocido a Yahvé como el Dios verdadero puede predicarse, entenderse y acogerse el misterio

2 Tomaremos siempre la traducción oficial de la Biblia de la Conferencia Episcopal Española, haciendo cuando convenga las precisiones oportunas.

3 En Filipos propiamente no había sinagoga, sino un lugar apartado donde se juntaban a orar los creyentes.

pascual de Cristo. Dicho con otras palabras, el *kerygma*, dirigido a paganos, incluye el anuncio del único Dios como una parte intrínseca del mismo. Los testimonios de la primera predicación cristiana lo confirman.

Cuando Pablo y Bernabé llegaron a Listra, curaron a un tullido provocando gran revuelo en la ciudad (cf. Hch 14,8-18). Fueron testigos del milagro muchos paganos que, por ser politeístas, no supieron interpretar adecuadamente este signo e identificaron a Pablo y Bernabé con dioses venidos a la tierra. Lo que debía ser una señal para hacer nacer la fe, por la falta de monoteísmo, se estaba convirtiendo en motivo de mayor paganismo. A duras penas lograron Pablo y Bernabé convencerles de que no eran dioses. Aprovecharon la ocasión para predicar lo que será el anuncio fundamental a los paganos⁴, viendo que sin esto no había nada que hacer:

Os anunciamos esta Buena Noticia: que dejéis los ídolos vanos⁵ y os convirtáis al Dios vivo *que hizo el cielo, la tierra y el mar y todo lo que contienen*. En las generaciones pasadas, permitió que cada pueblo anduviera por su camino; aunque no ha dejado de dar testimonio de sí mismo con sus beneficios, mandándoos desde el cielo la lluvia y las cosechas a sus tiempos, dándoos comida y alegría en abundancia (Hch 14,15b-17).

Hay dos pasos previos al anuncio de Cristo: renunciar a la idolatría/politeísmo y aceptar al Dios verdadero, que es creador de todo lo que existe. Cuando Pablo se encontró solo en Atenas, esperando la venida de sus compañeros, se llenó de indignación al ver la ciudad plagada de ídolos (cf. Hch 17,16). Y cuando tuvo ocasión de predicar en el areópago, después de una astuta *captatio venevolentiae*, anunció con firmeza el monoteísmo del Dios creador: “El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene, siendo como es Señor de cielo y tierra, no habita en templos contruidos por manos humanas, ni lo sirven manos humanas, como si necesitara de alguien, él que a todos da

4 Cf. J. DUPONT, “Hechos de los Apóstoles”, en: J. Á. UBIETA LÓPEZ (ed.), *Biblia de Jerusalén. Nueva edición totalmente revisada y aumentada* (Desclee de Brouwer, Bilbao 2017) 1572-1573; A. WIKENHAUSER, *Los Hechos de los Apóstoles* (BH.SE 96; Herder, Barcelona 1973) 242.

5 Literalmente “estas cosas vanas”.

la vida y el aliento, y todo” (Hch 17,23-25)⁶. La consecuencia lógica de este anuncio es precisamente la falsedad de los ídolos, a los que ataca a continuación: “no debemos pensar que la divinidad se parezca a imágenes de oro o de plata o de piedra, esculpidas por la destreza y la fantasía de un hombre” (v. 29)⁷. Es entonces cuando invita a acoger al Dios verdadero, antes de hablar de Jesucristo: “Así pues, pasando por alto aquellos tiempos de ignorancia, Dios anuncia ahora en todas partes a todos los humanos que se conviertan” (v. 30)⁸.

Por tanto, el reconocimiento del único Dios Creador de todo es el primer anuncio fundamental del mensaje cristiano, sobre el cual se apoya el resto del *kerygma*. No hacía falta proclamarlo a Israel porque a lo largo de su historia, a lo largo de una sabia pedagogía, Dios había dejado bien claro este punto. Era una de las finalidades principales de esta primera etapa de la salvación. Como indica la constitución apostólica *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II, Dios preparó la plenitud de la revelación que tendría lugar en el misterio de Cristo, eligiéndose un pueblo. Y a este pueblo lo instruyó con dos objetivos primordiales: “para que *lo reconocieran Dios único, vivo y verdadero, Padre providente y justo juez*, y para que esperaran al Salvador prometido, y de esta forma, a través de los siglos, fue preparando el camino del Evangelio” (DV 3). El primero de ellos es precisamente el monoteísmo. Ciertamente, esta pedagogía no fue breve ni fácil. La idolatría será una tentación constante desde la fundación del pueblo hasta la revuelta de los Macabeos. Sin embargo la pedagogía fue finalmente eficaz, y el monoteísmo estaba firmemente asentado en el judaísmo del siglo I.

6 Cf. M. GOURGUES, *El evangelio a los paganos. Hch 13-28* (CuaBi 67; Verbo Divino, Estella 1990) 54-57. Para un análisis de todo el discurso, cf. WIKENHAUSER, *Los Hechos de los Apóstoles*, 286-309; J. HOLZNER, *San Pablo. Herald de Cristo* (Herder, Barcelona 1955) 219-229.

7 De hecho, su predicación contra la idolatría será bastante eficaz, hasta el punto de llevar a la crisis la industria idolátrica de Éfeso. El platero Demetrio reunió a los artifices de la ciudad para ponerlos en contra de Pablo y crear un gran tumulto, con las siguientes palabras: “estáis viendo y oyendo que no sólo en Éfeso, sino en casi toda Asia, ese Pablo ha seducido a mucha gente con sus persuasiones, diciéndoles que no son dioses los que se fabrican con las manos. Y no solo se corre el peligro de que caiga en descrédito este ramo de la industria, en perjuicio nuestro, sino también de que sea tenido en nada el templo de la gran diosa Artemisa y llegue a derrumbarse la majestad de aquella a quien da culto toda Asia y todo el mundo” (Hch 19,26-27). Cf. WIKENHAUSER, *Los Hechos de los Apóstoles*, 327-333; HOLZNER, *San Pablo*, 340-348.

8 Nos parece exagerado considerar un “fracaso” este discurso de Pablo. Así lo define, entre otros, AA.VV., *Los Hechos de los apóstoles* (CuaBi 21; Verbo Divino, Estella 1991) 49 y J. MURPHY-O’CONNOR, *Pablo, su historia* (San Pablo, Madrid 2008) 132-133.

Ahora bien, ¿cómo empezó dicha pedagogía anti-idolátrica? En el mismo momento de constituirse el pueblo, cuando Dios le propuso la alianza del Sinaí. Previamente, en la historia de los patriarcas, Dios no se había manifestado contra los ídolos ni había revelado que Él era el único Dios. Simplemente se había mostrado esporádicamente a Abraham y sus descendientes, como un Dios vivo, que promete plenitud, tierra y descendencia; que es fiel a su palabra; y que bendice. Pero al proponer una relación estable a Israel tras la liberación de Egipto, va a exigirles un culto único y exclusivo, como veremos a continuación.

II. LA PRIMERA EXIGENCIA DE LA ALIANZA

El libro del Éxodo comienza narrando la situación de opresión que vive Israel. La primera promesa que Dios hizo a Abraham de tener una descendencia numerosa (cf. Gn 12,1-3) ya se ha cumplido en tiempos de Ex 1. La de poseer una tierra en libertad, todavía no. Antes Dios deberá liberar al pueblo de la esclavitud, ofrecerle una alianza estable, y que Israel la acepte. En efecto, Dios rescató de la opresión egipcia a los descendientes de Jacob con mano poderosa, y les guió por el desierto para tener un encuentro personal con ellos (cf. Ex 1-18)⁹. Una vez llegados al Sinaí, lo primero que Dios hizo saber a los israelitas fue lo siguiente:

Vosotros habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, *si de veras me obedecéis y guardáis mi alianza*, seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa (Ex 19,4-6).

Dios propone una relación estable al pueblo, ventajosa desde todos los puntos de vista para Israel. Se convertirán en el pueblo de este Dios salvador

9 Cf. F. GARCÍA LÓPEZ, *El Pentateuco. Introducción a la lectura de los cinco primeros libros de la Biblia* (IEB 3a; Verbo Divino, Estella 2003) 149-177; P. R. ANDIÑACH, *Introducción hermenéutica al Antiguo Testamento* (EstB 47; Verbo Divino, Estella 2012) 106-112.

si acceden a la alianza obediente que se les va a presentar. Todo el pueblo a una sola voz aceptó entusiasta la propuesta, antes de saber siquiera las cláusulas de la alianza (cf. 19,8). Entonces Dios pidió dos días de purificación y preparación del pueblo antes de ser testigos de una grandiosa teofanía y conocer entonces los términos de la alianza a la que se van a comprometer. El día de la teofanía, Dios manifestó un poder que hizo temblar al pueblo, y al comenzar a hablar, subrayó los beneficios que Israel había recibido de Él: ha sido su salvador, más poderoso que Egipto, más fuerte que la esclavitud (cf. 20,1-2)¹⁰.

Es importante hacer notar que Dios, antes de pedir nada al pueblo, le demostró que podía fiarse de Él. Dios puede pedir porque antes Él ha dado todo. Puede exigir fidelidad porque Él se ha mostrado fiel. Es razonable, por tanto, acoger su alianza. Dios ya se ha comprometido con este pueblo antes de que el pueblo se comprometa con Dios. Él actúa siempre así. No pide que cumplamos la alianza como condición para que nos salve, para que actúe en nuestra vida, o para amarnos. No. Nos ama desde el principio, nos salva primero, nos llena antes de sus bendiciones y luego nos ofrece su amistad, que se manifiesta en una vida de obediencia amorosa y confiada. Pues bien, una vez recordados los beneficios que Dios ha dado al pueblo, pronunció el primer mandamiento de la alianza, que encabeza el decálogo¹¹:

No tendrás otros dioses frente a mí.

No te fabricarás ídolos, ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra.

No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo el pecado de los padres en los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación de los que me odian. Pero tengo misericordia por mil generaciones de los que me aman y guardan mis preceptos (Ex 20,3-6).

En esta primera cláusula de la alianza se distinguen tres partes, que se iluminan entre sí. Dios exige, ante todo, ser el único Dios para Israel, que debe renunciar a relacionarse con cualquier otro dios: “No tendrás otros dioses frente

10 Cf. GARCÍA LÓPEZ, *El Pentateuco*, 185-188.

11 Para un estudio histórico-literario del decálogo, cf. J. L. SKA, *Introducción a la lectura del Pentateuco. Claves para la interpretación de los cinco primeros libros de la Biblia* (22; Verbo Divino, Estella 2001) 75-80.

a mí¹². Es lo que podríamos llamar una monolatría, o monoteísmo cúlctico. Propiamente no se niega la existencia de otros dioses. Tampoco se afirma. Ésta es una cuestión teórica que por el momento no interesa¹³. Lo que importa es la práctica: el pueblo debe actuar como si sólo existiese su Dios, el de su alianza. A los dioses de los demás pueblos debe ignorarlos totalmente, ni pensar en ellos¹⁴.

La segunda y tercera parte son concreciones de este mandamiento que conviene precisar. El comienzo aparentemente está claro, “no te fabricarás *ídolos*”. El término hebreo traducido por ídolo es *phêsel*, vocablo tradicionalmente empleado para referirse a los ídolos, aunque etimológicamente significa “bloque de piedra esculpida por mano humana”. De hecho, la Biblia de Jerusalén traduce por “escultura” en vez de por “ídolo”, aunque ciertamente en ambas traducciones el sentido anti-idolátrico del texto es claro¹⁵. Así lo entendió la traducción griega, referencia obligada para la comprensión del texto veterotestamentario, que escogió el término *eidôlon* (ídolo). Y así obliga a comprenderlo las aclaraciones posteriores.

El mandamiento continúa diciendo “ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra”. Aparentemente se trata de un segundo complemento directo del sintagma verbal “no te fabricarás”. Es decir, que por una parte no deben fabricar ídolos, y por otra, no deben hacer imágenes de nada de lo que existe, las vayan a adorar o no. Así se interpreta frecuentemente este v. 4b, en especial en ámbitos protestantes e iconoclastas, que toman estas palabras como argumento para eliminar las imágenes del ámbito religioso. De hecho, la partícula copulativa “y” (convertida en “ni” al traducir en castellano), *w* en hebreo (la letra *waw*), invita a esta traducción. El texto parece indicar que son dos cosas las que se prohíben fabricar: ídolos y figuras.

12 La expresión “frente a mí” (*‘al-pānay*) puede entenderse de diversos modos: “delante de mí”, “además de mí”, “contra mí”, “en detrimento mío” o incluso “mientras yo exista” (traducción de Rashi). Consideramos lo más sensato mantener la expresión más neutral “frente o delante de mí”, siguiendo a B. S. CHILDS, *El Libro del Éxodo. Comentario crítico y teológico* (NBE.P; Verbo Divino, Estella 2003) 396.

13 Cf. B. COUROYER, “Éxodo”, en: J. Á. UBIETA LÓPEZ (ed.), *Biblia de Jerusalén. Nueva edición totalmente revisada y aumentada* (Desclée de Brouwer, Bilbao 2^a1975), 90; O. TAPIA – C. SOLTERO, *Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio* (Biblioteca Bíblica Básica 4; Verbo Divino, Estella 2010) 100.

14 Cf. L. ALONSO SCHÖKEL, *Biblia del Peregrino I. Antiguo Testamento. Prosa. Edición de Estudio* (Ega - Mensajero - Verbo Divino, Bilbao – Estella 2^a1998) 194; CHILDS, *El Libro del Éxodo* 396-397.

15 Cf. COUROYER, “Éxodo”, 90; CHILDS, *El Libro del Éxodo*, 398.

Sin embargo, creemos que esta interpretación es incorrecta y no ofrece el sentido real del texto. El *waw* hebreo es una partícula tremendamente polisémica; además de valor copulativo tiene también significado adversativo, consecutivo, temporal... de tal modo que sólo el contexto puede dar luz para su interpretación adecuada. En este caso parece tener más bien un valor explicativo, equivalente a los dos puntos en castellano, o a la expresión popular “a saber”. De tal modo que el v. 4b estaría explicitando qué cosas no deben tomarse como ídolos: ninguna figura de nada de lo que existe, ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el mar. Es decir, no prohíbe representarlos en cuanto tal, sino adorarlos, tomarlos por dioses. Además, esta explicitación es muy oportuna para un pueblo que lleva viviendo cuatro siglos en Egipto, donde se adoran seres del cielo como el sol, de la tierra como el faraón, o del agua como los cocodrilos.

Por otra parte, el mismo libro del Éxodo confirma con los hechos esta interpretación. Un poco más tarde, cuando Dios da a Moisés las instrucciones para construir el arca de la alianza, le indica que fabrique en los extremos del propiciatorio, el lugar más cercano a la presencia de Dios mismo, dos querubines de oro macizo con las puntas de las alas tocándose (cf. Ex 25,17-22). Y a continuación, le manda bordar imágenes de querubines en los diez tapices de lino que formarán el velo que a su vez dará acceso al *sancta sanctorum* (cf. Ex 26,1). Sería simplemente absurdo que Dios prohíba en el cap. 20 hacer imágenes y que cinco capítulos más tarde ordene fabricarlas para su propio santuario. Por eso, a la luz de Ex 25–26 se confirma nuestra interpretación de Ex 20. Pues aunque se admitiese la doble hipótesis de que estos capítulos proceden de fuentes distintas, y de que la fuente de la que bebe Ex 20,4b era iconoclasta, una cosa es clara: el redactor final de Éxodo no interpretó esta última cita como prohibición de hacer o tener imágenes. En tal caso, o lo habría suprimido o habría eliminado estos aspectos de Ex 25–26.

Además, hay otro pasaje que también nos invita a negar el valor copulativo del *waw*, dejando la segunda parte del versículo como una explicación de lo que no debe tomarse por ídolo. Se trata de la repetición del decálogo que encontramos en el segundo discurso de Moisés en Dt 5,6-21¹⁶. Los

16 No entraremos aquí en la cuestión, por otra parte irrelevante para la cuestión que nos atañe, de si este segundo decálogo, un doblote literario casi idéntico al de Ex 20, procede de la misma fuente, si uno es copia del otro, u otras cuestiones de crítica literaria; para profundizar en estas cuestiones, cf. E. ZENGER, “Ipotesi sull’origine del Pentateuco e sviluppi dell’inda-

versículos de Dt 5 equivalentes a nuestro pasaje (Ex 20,3-6) son idénticos a excepción del *w*^e, que en Dt 5,8 no existe¹⁷. De ese modo, la traducción exacta sería: “no te harás ningún ídolo, ninguna imagen...”. De este dato se deduce que el redactor de Deuteronomio otorgó al mandamiento de “no fabricar” un único complemento directo, los ídolos, pues no incluyó el *waw*, que sí estaba en Ex 20. De este modo evitaba la idea de que no se pudiese hacer ningún tipo de imágenes¹⁸.

En conclusión, el v. 4 no está prohibiendo hacer imágenes, sino tomar cualquier imagen por un ídolo. O dicho con otras palabras, no se puede identificar a Dios con ninguna figura que pueda fabricar el hombre¹⁹. Es precisamente lo que subraya la continuación del mandamiento en el v. 5: “No te prostrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso”. No se prohíbe tener o hacer imágenes, sino darles culto, adorarlas, o tratarlas como sólo a Dios se puede tratar. Esto sería idolatría, lo primero que Dios exige eliminar de la vida del pueblo.

Notemos la razón que da Yahvé para ordenar este precepto: porque soy un Dios celoso. Este motivo parece un sentimiento, o incluso una pasión, más propio de un ser humano que de Dios. ¿Cómo puede Dios tener celo por su pueblo, o sentir celos de ídolos que no son nada? Seguramente este adjetivo nos indica lo mucho que le importa a Dios la fidelidad de su pueblo. Parece incluso sugerir el aspecto sponsal de la alianza que más tarde desarrollarán los profetas, especialmente Oseas y Ezequiel. Dios pide al pueblo en Ex 20 una relación exclusiva con Él, del mismo modo que un marido puede exigir exclusividad y fi-

gine científica”, en: E. ZENGER (ed.), *Introduzione all'Antico Testamento. Edizione italiana a cura di Flavio Dalla Vecchia* (Queriniana, Brescia 2005) 128-130. El contexto canónico actual justifica suficientemente la presencia en Dt de una repetición del decálogo (cf. ANDIÑACH, *Introducción hermenéutica al Antiguo Testamento*, 155). Han pasado casi 40 años desde la escena narrada en Ex 20. La generación que estuvo en el Sinaí, la primera destinataria del decálogo, ya no está. Son sus descendientes los que escuchan estas palabras de Moisés, que aún no habían nacido o eran demasiado jóvenes en la etapa del Sinaí. Por eso tiene sentido que, antes de morir, Moisés les dirija a ellos las palabras centrales de la alianza, subrayando que son ellos, y no sus padres ya muertos, los que van a concluir esta alianza con Yahvé (cf. Dt 5,2-5).

17 Es cierto que algunos manuscritos sí lo incluyen (papiros de Qumrán, el Pentateuco samaritano, la versión siríaca y griega, el targum Pseudo-Jonatán...). Junto con la *Biblia Hebraica Stuttgartensia* consideramos como original la que excluye el *waw*, pues a parte de ser la variante mejor atestiguada, es más fácil pensar que las otras variantes aparecieron por influencia de Ex 20,4, que imaginar que el *waw* se suprimió sin más del original.

18 CHILDS, *El Libro del Éxodo* 383: “El texto asindético de Dt comprende la frase como una aposición, que especifica mejor la naturaleza de la imagen”.

19 Cf. CHILDS, *El Libro del Éxodo*, 399.

delidad a su esposa. Así como una mujer infiel encendería el celo de su esposo, lo encenderá Israel si se postra ante otros dioses, traicionando a su Dios.

Como medida persuasiva para mantener la monolatría del pueblo, Dios amenaza con la punición: “castigo el pecado de los padres en los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación de los que me odian”. Este castigo desmedido, hasta la cuarta generación, es de nuevo expresión de que a Dios el pecado no le deja indiferente, sino que despierta en él un gran dolor que se manifiesta en el castigo del culpable, del que odia, del que rompe la alianza. Dios no obliga a aceptar la alianza, pero a quien la acepta, le previene de las consecuencias. Por otra parte, el texto manifiesta claramente que la misericordia de Dios es mucho mayor que su castigo, pues si bien éste llega hasta la cuarta generación, su misericordia llega a mil generaciones. La proporción castigo/misericordia es, pues, de cuatro a mil²⁰.

Por tanto, lo primero que exige Dios en esta relación que establece con los hombres es tomarle por el único Dios digno de adoración. El pueblo debe antes de nada abandonar todo tipo de idolatría. Sólo después de dejar esto bien claro, como hemos visto, proseguirá Dios con el resto del decálogo. No en vano, todos los demás preceptos se apoyan en esta relación única y exclusiva entre Dios y su pueblo. Sin esta relación el resto de mandamientos carece de sentido.

III. RUPTURA INMEDIATA DEL PRECEPTO

Al decálogo, corazón de las normas que configuran la alianza y expresión de la vida santa que se exige del pueblo dada su nueva relación con Dios, le sigue el código de la alianza (Ex 20,22–23,33). Éste detalla cómo debe ser el comportamiento del pueblo en las distintas situaciones, especialmente las referentes al culto, a la vida social, y a las penas que deben aplicarse en cada transgresión. Moisés lo leyó ante todo el pueblo, que prometió obediencia a la alianza de Yahvé. Ésta quedó sellada con la sangre de los novillos sacrificados que fue rociada sobre todo el pueblo (cf. Ex 24,3-8)²¹.

20 Cf. ALONSO SCHÖKEL, *Biblia del Peregrino*, 194; TAPIA – SOLTERO, *Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio*, 100.

21 Para un estudio reciente sobre Moisés y el don de la Ley, cf. J. A. MAYORAL, *Los rostros de Dios en la Biblia* (Estudios y Ensayos. Teología; BAC, Madrid 2012) 41-54.

Pues bien, a los pocos días, estando Moisés recibiendo de Dios las instrucciones sobre la construcción del santuario, el pueblo rompió el mandamiento más importante de la alianza²². El relato deja al lector, cuanto menos, “patidifuso”, al ver la suma facilidad con que desobedecen a Dios demostrando una incoherencia supina:

“Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros, pues a ese Moisés que nos sacó de Egipto no sabemos qué le ha pasado”. Aarón les contestó: “Quitadles los pendientes de oro a vuestras mujeres, hijos e hijas, y traédme los”. Todo el pueblo se quitó los pendientes de oro y se los trajeron a Aarón. Él los recibió, trabajó el oro a cincel y fabricó un becerro de fundición. Entonces ellos exclamaron: “Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”. Cuando Aarón lo vio, edificó un altar en su presencia y proclamó: “Mañana es fiesta del Señor [Yahvé]”. Al día siguiente se levantaron, ofrecieron holocaustos y presentaron sacrificios de comunión (Ex 32,1-6)²³.

Nótese que el pueblo no peca de irreligiosidad, pues tiene deseos de entablar relación con Dios y rendirle culto, pues para eso salieron de Egipto. No peca de politeísmo, pues solo se dirige a un Dios. No peca de olvidar los beneficios de Dios, pues proclama que le ha sacado de Egipto; ni de sublevarse contra Dios, pues quiere que vaya delante guiándoles; ni de reconocer a Yahvé como su Dios, u ofrecerle sacrificios, pues no atenta contra la monolatría yahvista. Israel no comete ninguna de estas transgresiones, cosa que sí hará en el futuro. Su pecado aquí es identificar a Yahvé con un ídolo, con un becerro modelado por manos humanas, con una realidad visible. Esto es propiamente culto idolátrico. No sólo es idolatría adorar a dioses falsos en figuras que los hacen presentes (como el culto a Baal o Astarté), sino también identificar al Dios verdadero con un objeto fabricado por hombre.

La idolatría, en todas sus vertientes posibles, será el caballo de batalla en la pedagogía divina de Dios con su pueblo, especialmente desde la salida de Egipto hasta el destierro de Babilonia (587 a.C.). Se trata del gran y continuo pecado de Israel, causa de todos sus males, como se encargará de subrayar

22 Cf. ANDIÑACH, *Introducción hermenéutica al Antiguo Testamento*, 115.

23 Para un estudio del pasaje completo, cf. CHILDS, *El Libro del Éxodo*, 529-545.

especialmente la historia deuteronomista²⁴. Ahora bien, el destierro será la pieza clave del plan de Dios en la erradicación de la idolatría. Allí Dios revelará, especialmente por medio del Deuterocanónico, el monoteísmo radical que caracterizará al Israel del siglo I. La gran tentación del destierro será pensar que el dios de Babilonia, Marduk, es más poderoso que Yahvé, pues ha dado a los suyos la victoria. Cambiarse al dios de los vencedores era lo normal en los pueblos de la antigüedad. Con Israel, sin embargo, esto no sucedió. ¿Por qué? Porque Dios ya había anunciado, tanto por medio de Jeremías como de Ezequiel, la victoria de Nabucodonosor como consecuencia del pecado de Israel. Todo lo que sucede está previsto por Yahvé, único Dios de la historia, aquel que mueve todos los hilos en todas las naciones. El pueblo aprenderá en esta dolorosa experiencia que no existe otro Dios fuera de Él y que todos los demás dioses son ídolos vanos, como manifestará rotundamente el IIº Isaías unos años antes de que acabe el destierro: “Es verdad, Dios está entre nosotros y no hay otro, no hay más dioses’. [...] Se avergüenzan y se sonrojan todos por igual, se van avergonzados los fabricantes de ídolos (Is 45,14.16). Dios mismo exclama con autoridad: “Yo soy el Señor, y no hay otro [...]. No discurren los que llevan su ídolo de madera y rezan a un dios que no puede salvar [...] No hay otro Dios fuera de mí. Yo soy un Dios justo y salvador, y no hay ninguno más [...] yo soy Dios, y no hay otro” (vv.18.20-22).

El canto final contra la idolatría en el Antiguo Testamento está en el libro de la Sabiduría, el último en escribirse. En la tercera parte del libro se dedica un largo apéndice a este punto (Sb 13–15)²⁵. Se trata de una crítica profunda al paganismo, dividida en tres secciones. En la primera se evalúa el culto a la naturaleza y a la filosofía (13,1-9), juzgando como vanos a los que seducidos por su belleza o poder, adoran a algún miembro de la naturaleza (el sol, las estrellas, el aire, el agua, el fuego...). Si han sido capaces de descubrir belleza o poder en estos elementos, deberían haber deducido que proceden de su Creador. Es el primer modelo de idolatría, a la vez que el menos pernicioso²⁶. La segunda parte, la más extensa, condena el culto a los ídolos fabricados por

24 Cf. G. BAENA, “Introducción a la historia deuteronomista”, en: A. J. LEVORATTI – P. R. ANDIÑACH (eds.), *Comentario Bíblico Latinoamericano I* (Verbo Divino, Estella 2005) 599-610.

25 Cf. M. GILBERT, *La critique des dieux dans le livre de la Sagesse (Sg 13–15)* (AnBib 53; Roma 1973).

26 Para una interesante reflexión teológica sobre la adoración de los astros y la perversión idolátrica que supone adorarlos, cf. C. GRANADOS GARCÍA, *El camino de la Ley. Del Antiguo al Nuevo Testamento* (BEBm 18; Sígueme, Salamanca 2011) 28-31.

el hombre, sean de oro, plata, piedra, madera o arcilla (13,10–15,13). Supone una necesidad mayor que el culto a la naturaleza, pues es claro que el hombre no puede ser el creador de Dios, sino viceversa. Además, esta idolatría desemboca siempre en la inmoralidad (ignorancia sobre Dios, ritos infanticidas, orgías, impureza, traición, asesinatos, robos, fraudes, ingratitud, corrupción...), pues es “principio, causa y fin de todos los males” (14,27). Por supuesto, será castigada por Dios pues no tiene justificación alguna. Ahora bien, el más aberrante de los cultos idolátricos es el abordado en la tercera parte (15,14-19), el de los egipcios, “los más insensatos de todos” (v. 14), pues además de asumir todos los ídolos de las demás naciones, adoran reptiles y bichos asquerosos, “los animales más repugnantes que comparados con los demás son los más estúpidos” (v. 18), y no tienen belleza alguna. El libro de la Sabiduría supone así el final de la idolatría en el Antiguo Testamento. Ésta ya no sólo se prohíbe con un mandamiento, sino que además se muestra racionalmente insostenible.

Así pues, al final de la primera etapa de la revelación se había cumplido suficientemente el fin de inculcar la fe en el único Dios salvador. Éste se había manifestado como un Dios “vivo y verdadero” (DV 3), capaz de salvar, que ama y cuida de sus criaturas como un padre, al tiempo que las trata con justicia (cf. DV 3). Además estaba claro que este Dios no se identificaba con ninguna realidad visible, ni de la naturaleza ni de las fabricadas por el hombre.

Sin embargo, todo ser humano encuentra dentro de sí un deseo innato de ver a Dios, expresado en la petición de Moisés a Dios por ver su gloria, su rostro, su figura (cf. Ex 33,18-23)²⁷. Dios podría haber zanjado la cuestión respondiendo simplemente que Él es invisible al ojo humano, que su naturaleza es espiritual y que por lo tanto esa aspiración humana de ver a Dios es vana e irrealizable. Ahora bien, la revelación bíblica nunca enseña que no se pueda ver a Dios, sino más bien que hacerlo podría suponer la destrucción del hombre, si éste no está preparado. Por otra parte, la existencia de ese deseo, ¿podría existir si no fuese porque Dios mismo lo ha puesto en el hombre? ¿Será que el Antiguo Testamento nunca dice que Dios sea imperceptible porque su plan culmina en la realización plena de este deseo humano? Y si Dios se mostrase al hombre de un modo visible, ¿le sería lícito, según Ex 20, plasmar esa manifestación en una imagen?

27 Para un estudio del pasaje, cf. CHILDS, *El Libro del Éxodo*, 564-565.

IV. LA PROHIBICIÓN DE HACER IMÁGENES DE DIOS

Ante la pregunta que acabamos de plantear, hay una respuesta inmediata conforme al primer mandamiento del decálogo y la prohibición de la idolatría en cualquiera de sus versiones: no es posible adorar ninguna imagen hecha por el hombre. En el momento en que esa imagen, que no es Dios, se toma por un dios, se convierte en ídolo. De esto no hay duda. Ahora bien, la cuestión planteada ahora es otra: si sería legítimo *hacer* una imagen de lo que Dios manifestase de sí mismo.

Para abordar esta cuestión debemos previamente plantearnos si la prohibición de fabricar imagen alguna de Dios en Ex 20,4 es una prohibición absoluta o relativa. Si es absoluta es porque se estaría prohibiendo algo intrínsecamente malo, que nadie, nunca, bajo ninguna circunstancia debería hacer. En este caso hacer imágenes de Dios sería algo malo en sí mismo, como lo es por ejemplo “odiar” o “blasfemar”. Si por el contrario la prohibición es relativa, querría decirse que no es apropiada para el pueblo en esas circunstancias que rodean a Ex 20, pero podría darse una situación en la que fuese lícito ¿De qué se trata en este caso? Creemos que de una prohibición relativa. La prueba más patente es que el propio Dios ha hecho imágenes de sí mismo. Adam, el ser humano, ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26-27). En cada hombre que es creado, Dios plasma su imagen, su *şelem* (cf. Gn 5,3). Por otra parte, el mismo santuario que Moisés construye por orden de Dios es copia de lo que Él mismo le hace ver del santuario celeste (cf. Ex 25,9.40; Hb 8,5). Así pues, Dios sí está capacitado para hacer imágenes de sí mismo. De hecho es el único que podría hacerlo. Sólo Él ofrecer hacer una imagen de Dios que no sea un ídolo. Y esto, que no lo hizo durante el período que testimonia el Antiguo Testamento, lo realizó en la Encarnación.

Por tanto, la luz definitiva sobre este pasaje veterotestamentario nos viene del Nuevo Testamento. Es, en efecto, a la luz de la plenitud de la revelación, testimoniada en el contenido y unidad de la Escritura, como alcanzamos la interpretación adecuada de cada pasaje concreto (cf. DV 12). El comienzo del evangelio de Juan ofrece un dato determinante para nuestra cuestión: *se puede “ver” a Dios, se puede contemplar su gloria*, pues de hecho hay uno que lo ha visto. El Verbo de Dios, su Palabra, el Hijo eterno, está desde el principio en su presencia, viendo al Padre (cf. 1,1). Es el único testigo de su gloriosa divinidad.

Hay, además, otro dato todavía más decisivo para nosotros. Dios no sólo es “perceptible”, sino que además, de hecho, se ha dejado ver por los hombres. Ha tenido a bien manifestar su divinidad a través su Testigo eterno, de tal modo que también nosotros podamos contemplarla: “A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer” (1,18). Así, gracias a la encarnación del Verbo, Juan puede proclamar junto con los demás testigos de Jesucristo: “hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”. En la plenitud de los tiempos el Verbo se ha hecho carne, se ha hecho visible, tangible, perceptible, como subraya con énfasis Juan: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la vida se hizo visible [...] y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos” (1 Jn 1,1-3). De tal modo, que los que han visto a Jesucristo, al Hijo eterno en carne humana, han visto a Dios, como le subraya con ímpetu Jesús a su apóstol: “Felipe le dice: ‘Señor, muéstranos al Padre y nos basta’. Jesús le replica: ‘Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre’” (Jn 14,8-9). Por esta razón, Pablo puede proclamar en su himno cristológico de Colosenses que lo aparentemente imposible se ha hecho realidad, a saber, que lo invisible tiene figura, pues Jesucristo “es imagen del Dios invisible” (Col 1,15).

V. CONCLUSIÓN

Ante esta novedad, ciertamente impensable para los tiempos de Moisés ni tampoco para los del redactor final del libro del Éxodo, el mandamiento de Ex 20,3-6 queda a la vez confirmado y llevado a una nueva plenitud. Confirmado porque Cristo garantiza con su resurrección que el Dios de Israel es el único Dios verdadero digno de adoración (cf. Ex 20,3), que ahora realiza una alianza nueva y eterna por su sangre (cf. Mt 26,26-29; Mc 14,22-25; Lc 22,19-20; 1 Co 11,23-26). Y el mandamiento es llevado a nueva plenitud porque, ciertamente, el hombre no podía hacer imágenes de Dios hasta que Dios no nos manifestase a su propia imagen, a su Hijo. Pero una vez que nos la ha revelado, que su Hijo ha adoptado un rostro concreto y ha quedado grabado en las

retinas de sus testigos, éstos pueden no sólo guardarlo en su memoria, sino también plasmarlo en imágenes que hagan recordar por siempre que el Verbo se ha hecho carne²⁸. Una carne humana y concreta. Por tanto, *no podemos hacer imágenes de Dios, pero sí podemos hacer copias de la imagen que Dios ha ofrecido de sí mismo*. Así, el mandamiento de Ex 20 queda confirmado, siempre que esas copias que el hombre pueda fabricar de Jesucristo o de cualquiera de los misterios de su vida no se tome por un ídolo. Dichas copias pueden y deben realizarse con el fin de tener siempre presente lo que Dios ha hecho por nosotros, haciéndonos venerar el misterio que cada figura represente, pero no la copia en sí misma²⁹.

Sólo cabe una excepción: la Eucaristía, que es Cristo mismo, imagen de Dios invisible. Bueno, en realidad no es una excepción, pues la Eucaristía no es un ídolo ni nada fabricado por el hombre, sino el fruto de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. Por eso cada Eucaristía, cada hostia consagrada, es digna de la adoración del Dios único, manifestación escondida —bajo la apariencia de pan— de la gloria del Padre. Del mismo modo que Israel se postraba ante la presencia de Dios en el santuario, ante la columna de nube y de fuego, del mismo modo y con mayor razón se postra hoy la Iglesia ante Jesucristo Eucaristía. El Padre, en su infinita bondad, ha querido dejarnos su Imagen eucarística, hasta que llegue el momento final en el que todo ojo le verá tal cual es, al quitarse el manto que cubre a todas las naciones (cf. 1 Jn 3,2; Is 25,7-8), saciándose por fin de modo pleno el deseo de ver a Dios.

28 Cf. GRANADOS GARCÍA, *El camino de la Ley* 30: "el precepto de no hacerse imágenes queda abrogado para nosotros, cristianos, con la revelación del 'rostro de Dios' en Cristo".

29 Ciertamente, la idolatría se puede concebir como un pecado más extenso, que no se ciñe a la adoración de imágenes. Cualquier absolutización de una realidad creada, o incluso de una conducta, puede ser tomado como idolatría, pues ocupa en la vida del creyente el puesto que sólo le corresponde a Dios. Así, San Pablo considera la *pleonexía* (avaricia, insaciabilidad, desear más de lo que es debido a cada uno...) como una auténtica idolatría: "En consecuencia, dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia, que es una idolatría (*eidōlatría*)" (Col 3,5).